Comunicación con otros mundos

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

La persona de inteligencia e imaginación normal en estos tiempos es de opinión que existe vida en otros sitios además de la tierra. No tiene prueba convincente de esto, pero deduce esta idea de numerosos sucesos y de revelaciones de la ciencia que acepta como reales y verdaderos. Cada día se hace más consciente de la naturaleza *finita* de la tierra. Desde sus años de vida escolar, ha tenido siempre casual o impensadamente, consciencia de que la tierra es un glóbulo en un mar de materia celeste – que es tan sólo uno de los planetas en nuestro sistema solar. Sin embargo, las demandas de su vida económica, política y social, así como sus doctrinas religiosas, han acentuado para ella la importancia de la tierra.

Los planetas distantes, las remotas estrellas y galaxias – en realidad, toda la ciencia de la astronomía – constituían para el hombre de tipo medio, un reino de fantasía. En cuanto a la experiencia personal concierne, las teorías y descubrimientos de la astronomía guardaban para muchas personas, la misma relación que guardan los mitos de la antigua Grecia.

Las mitologías eran fantásticas e incompatibles con las realidades del diario vivir – pero entonces se le dijo al hombre que éstas eran tan sólo producto de la imaginación y las aceptó como tal. Los postulados de la ciencia, las tremendas distancias citadas en relación con los cuerpos celestes, expresadas en términos del recorrido de la luz a 186,000 millas por segundo y los años requeridos por ésta para llegar a la tierra – todo esto, también, era fantástico. Estas cosas estaban igualmente fuera de los límites de la realidad personal del hombre de tipo medio. Había muy poco, o quizás nada, en el curso de la vida diaria de la mayor parte de los hombres que diera apoyo a las declaraciones de los astrónomos con referencia a los mundos más allá de nuestro alcance.

Estos pronunciamientos de la ciencia eran, mayormente, aceptados por la gente a base de fe. Esta aceptación correspondía a la confianza que el hombre había depositado por siglos en el conocimiento especial y único, expuesto por el chamán o hechicero, el curandero, y el sacerdote. Los hombres no podían encontrar explicación a las declaraciones de la ciencia, pero tampoco podían refutarlas. Como la mayor parte de estas declaraciones no han tenido efecto muy directo sobre sus vidas, los hombres han prestado a estas limitada consideración.

Ahora bien, para la mayor parte de los hombres, la astronomía y sus ciencias relacionadas o coordinadas se han vuelto objetivas. Se están realizando cosas que el individuo común puede percibir y de las cuales adquiere comprensión sin tener un conocimiento sagaz de las altas matemáticas y de las complejidades de la física. Estamos familiarizándonos con la luna, los planetas, el sistema solar en su totalidad y el vasto espacio más allá de nuestro alcance, a pesar de las distancias que los separan. La actividad de proyectar en el espacio satélites y cohetes hechos por el hombre y los planes

manifiestos para preparar al hombre para viajes espaciales se están relacionando con los eventos de la vida diaria.

Para la mayor parte de los hombres todavía rodea a estas circunstancias cierta clase de atmósfera extraña, como por ejemplo los extraños sucesos en el Afganistán o el Tíbet. Pero los proyectos del espacio son actualmente aceptados como una fase de la vida humana, una fase que habrá de jugar parte importante en los asuntos futuros del hombre en cierta forma de la cual no tiene el aún conocimiento seguro.

Mientras más extensos son los descubrimientos de la ciencia sobre la vastedad no tan sólo de nuestro propio sistema solar, sino del inmenso universo, en mayor constricción se encuentra la tierra. Parece muy improbable, aun al "religionista" inteligente, que una pequeña partícula de polvo como es la tierra (comparada con los millares de soles y otros universos que existen en el espacio) fuera exclusivamente seleccionada para albergar seres inteligentes.

Resulta fantástico e increíble el pensar que el número infinito de cuerpos en el cósmico aparte de la tierra, estén faltos de los factores de los cuales depende la vida. De hecho, el devoto religioso e inteligente de los tiempos modernos considera una doctrina constringente el creer que un ser supremo, o creador, pueda usar como escenario para la extensión de su propia consciencia tan sólo a la tierra. Parece algo más plausible, aun cuando sea una idea panteísta, el que la suprema inteligencia *todo lo penetra y* se manifiesta en seres con conciencia de sí mismos dondequiera que las condiciones desarrollen organismos favorables para ello.

La creación de la tierra es reciente comparada con las remotas galaxias y sus soles y satélites que están alejándose de nosotros casi a la misma velocidad que la luz. Es además muy improbable, considerando los eones de tiempo que estos cuerpos han existido en el espacio antes que la tierra, que ningún otro cuerpo haya desarrollado aquellos elementos o condiciones que pudieran producir vida y desarrollar un alto grado de inteligencia. Es ahora mucho menos fantástico el asumir que seres inteligentes, además de los de la tierra, existen en el gran universo.

Surge ahora, por tanto, el asunto del aislamiento. ¿Por qué no han manifestado o revelado tales seres su existencia a la humanidad en general? Si han existido entidades inteligentes por incontables eones de tiempo, se presume que su inteligencia, por el proceso evolucionario, exceda las facultades aperceptivas y cognoscitivas del hombre. Las distancias que existen entre la tierra y otros sistemas solares, aun en nuestra propia galaxia, la Vía Láctea, son sorprendentes.

Pero si el hombre ha podido realizar el avance que ha logrado dentro de la última centuria, inteligencias superiores que hayan existido por un período mucho mayor que el que ha existido el hombre, tienen que haber podido vencer y conquistar en alguna forma los obstáculos ofrecidos por la distancia. Henri Bergson, el notable filósofo francés, aseguró que la *movilidad* es una característica de las formas más altas de conciencia. Mientras más inteligente es el ser, mayor movilidad adquiere. Bajo esta

premisa los seres observadores y pensadores, sea cual fuere la forma de su organismo, hubieran sido conscientes, eventualmente, de otros mundos y habrían buscado el hacer contacto con ellas – y probablemente entre ellas con la tierra.

Los organismos vivientes en la tierra, según los conocemos, no pueden adquirir un alto grado de inteligencia si no les es posible percibir su medio ambiente. También se presume que cuando existen facultades de apercepción y cognición altamente desarrolladas siempre existe también imaginación. Consiguientemente, una raza de seres que estuvieran localizados en el espacio en forma tal que sus instrumentos les dejaran ver al planeta tierra estaría, como es de presumirse, impulsada por una sensación innata de curiosidad y deseo de investigarlo. Seres capaces de realizar esto poseerían igualmente la técnica para determinar que la atmósfera de la tierra puede sostener la vida.

La ciencia de la biología demuestra que hay poca diferenciación, si es que hay alguna, entre las simples células de una planta y de un animal. Un desarrollo orgánico superior podría, allí donde existe la vida fuera de la tierra, haber seguido un curso de *superplantas.* En otras palabras, podría haber plantas pensantes, razonadoras y conscientes de sí mismas, en vez de animales. Plantas con un organismo cerebral o cerebro no están fuera del campo de la posibilidad. Hay en la tierra innumerables plantas que manifiestan en sus funciones grados de conciencia comparables con un orden inferior de inteligencia. A tales seres semejantes a plantas en el espacio podría serles extremadamente difícil, sin embargo, tener un alto grado de movilidad. Literal y figuradamente, podrían ellas estar enraizadas en la substancia del mundo al cual pertenecen.

La percepción es otro asunto retador. ¿Tendrán otros seres una percepción visual igual a la de los humanos? Hay varias teorías en cuanto al origen del órgano del ojo. Según especulaciones, éste se desarrolló de células sensitivas a la luz, que evolucionaron hasta convertirse en un organismo. En realidad, tenemos conocimiento de organismos que tienen tales ojos primitivos, es decir, miríadas de células que responden al estímulo de la luz. Pero aún teniendo ojos, no hay seguridad de las imágenes visuales que seres de otros mundos puedan ver. De hecho, ellos pueden tener una facultad de percepción, y un mecanismo receptor, sensorial que les dé otra dimensión de la realidad completamente diferente a la nuestra. Podría ser una de la cual no tenemos comprensión alguna y que no podríamos posiblemente realizar.

Parece racional el presumir que si los seres son *inteligentes* deben tener órganos receptores sensitivos que provean cualidades o sensaciones que produzcan imágenes mentales, ideas o pensamientos. Tales sensaciones y cualidades constituyen la materia de la cual está formado nuestro pensamiento. Pero, ¿qué clase de pensamientos y cualidades tendrá la realidad para tales seres del espacio? ¿Tendrán estos seres tales nociones como las de tiempo y espacio? ¿Tendrán un concepto tridimensional de la materia y de las formas geométricas? Surge inmediatamente la polémica abstracta que es al mismo tiempo filosófica y psicológica.– ¿Puede haber

procesos mentales con características completamente distintas a las de los procesos de la mente humana?

Es casi imposible para nosotros el concebir un ser que *piense* y que, sin embargo, no tenga ideas que se relacionen con nuestros sentidos de la vista, el tacto, el oído, y así sucesivamente. Nuestros pensamientos son un producto de las cualidades de nuestros sentidos. Aun el pensamiento llamado prístino u original encierra los términos de las cualidades de nuestras experiencias objetivas o, de otro modo, no tendría una imagen comprensible para nuestra mente.

Presumiendo que la conciencia de seres altamente inteligentes en algún remoto mundo fuera receptiva a cualidades sensorias diferentes a las nuestras, su fantasía e imaginación serían también distintas. El mundo de las ideas, de los pensamientos, de tales seres sería completamente distinto de todo lo que podamos concebir. No sería simplemente parecido a un mundo de personas que pensaran en términos de un lenguaje diferente. En tal caso meramente habría una adaptación de palabras o sonidos diferentes a las mismas impresiones sensorias que otras personas tuvieran. En otras palabras, una rosa es una rosa en cualquier forma que se nombre.

Pero supongamos que cierta gente percibiera cosas que nosotros, como humanos, no pudiéramos percibir o que tuvieran imágenes mentales, producto de sus experiencias, que no tuvieran correspondencia alguna con ninguna realidad que nos transmitieran nuestros sentidos. ¿Cómo podría haber comunicación alguna entre las mentes?

La telepatía mental ha sido vindicada y en la actualidad no se considera como una superstición de la Epoca del Oscurantismo. Ya no se le considera como especulación oculta y absurda. La parapsicología no ha reducido aún la telepatía mental a una hipótesis específica que explique minuciosamente sus funciones. Los sistemas de metafísica, no obstante, por mucho tiempo han expuesto principios explicativos de los fenómenos de la mente.

Pero no han podido reducir los fenómenos a un procedimiento, de manera que aún el materialista pueda demostrarlos bajo cualquier condición. Los sistemas metafísicos que exponen la telepatía mental han declarado que determinado estado o nivel de conciencia debe ser alcanzado primero por el individuo, antes de que éste pueda realizar la transmisión de pensamiento. La ciencia se mofó de esto, indicando que, si fuera posible la transmisión del pensamiento ella podría reducirse a condiciones empíricas aplicables por cualquier persona. Sin embargo, la parapsicología esta convencida hoy día de que la transmisión de pensamiento es posible *bajo ciertas condiciones.* Cuáles son estas condiciones de la mente y las emociones humanas es para ellos todavía un misterio y materia de experimentación.

En casos de éxito en la telepatía mental, las ideas se transmiten de una mente a otra. Existe, en otras palabras, una verdadera comunicación de pensamiento. Puede presumirse, por analogía, que esto se realiza, más o menos, de la misma manera que se transmiten en televisión los impulsos de alta frecuencia. En otras palabras, la idea se forma en la mente del receptor mediante el proceso de reunir y organizar los impulsos de energía mental

que le son transmitidos. El estímulo que recibe trae a flor de mente, tomadas de la memoria, ideas relacionadas o asociadas con el asunto, mediante la cual la impresión es entonces identificada. Por ejemplo, la transmisión del pensamiento *rojo* produciría impresiones que crearía en la conciencia de la persona que las recibe sensaciones que reconocería como el color rojo. Es obvio que si uno nunca hubiera conocido por propia experiencia el color *rojo* las impresiones recibidas solo producirían sensaciones que no podrían identificarse.

¿Hasta qué distancia puede transmitirse la energía del pensamiento? Como resultado de experimentos en parapsicología existe la teoría de que cualquier energía transmisible que desarrolle el pensamiento bajo cierta condición psíquica en el individuo, no se disminuye, por lo menos con la distancia. ¿Puede el pensamiento, que se sabe ha sido transmitido a los más lejanos confines de la tierra entre individuos sensitivos, ser igualmente proyectado hacia el espacio exterior? ¿Son los factores que actúan en oposición o resistencia a las energías del espectro electromagnético ineficaces con relación a los impulsos del pensamiento?

Con los proyectos de aterrizaje de cohetes con seres humanos en órbitas más allá de la tierra, dentro de la próxima década, podrían llevarse a cabo experimentos muy interesantes en telepatía siempre que, desde luego, las leyes por las cuales el fenómeno de la telepatía ocurre sean entonces corrientemente conocidas y puedan ser aplicadas por el ocupante del cohete. Si el pensamiento puede penetrar a través del espacio infinito *sin disminuir* en su intensidad, entonces es posible que haya algún lazo o unión con otras inteligencias en el espacio. Ello necesitaría que los receptores, los seres inteligentes en otras partes del universo, tuvieran órganos receptores sensitivos que produjeran más o menos cualidades similares a las nuestras. De otro modo, las impresiones que tales seres tuvieran de cualquier pensamiento que se les proyectara desde la tierra nunca serían identificadas por ellos.

¿Hemos sido nosotros los humanos alguna vez el blanco de pensamientos proyectados por inteligencias desde el espacio exterior? Nosotros, también, podríamos tener tan sólo impresiones misteriosas e intuitivas, pero fugaces que no podríamos identificar si las ideas tras tales pensamientos no tuvieran paralelo en las imágenes mentales humanas. ¿Son los sentimientos o sensaciones no inteligibles que a veces han excitado nuestras emociones y para los cuales no tenemos ideas que correspondan, el resultado de transmisión de pensamiento de otros seres en las profundidades del espacio? Quizás pueda el hombre eventualmente desarrollar hiperestesia mediante la cual pueda darse cuenta de que recibe los pensamientos de otros seres en el espacio y pueda entonces aprender a relacionarlos con ideas humanas que traigan como consecuencia comprensión y correspondencia mutua.